



Judíos, con sus vestimentas preceptivas en la Corona de Aragón, el capuchón y la capa larga, profanando la hostia de distintas maneras. Retablo del Corpus Christi (1335-45?), Mestre de Vallbona de les Monges (Guillem Seguer?), MNAC Barcelona

Los pogromos de 1391

En 1391, se produjo en las Coronas de Castilla y Aragón la más brutal sucesión de pogromos contra los judíos de toda la época medieval en el mundo ibérico. El crecimiento de la población judía durante el siglo XIV, unido a la profunda hostilidad de las autoridades eclesiásticas, fomentó un amplio desarrollo del antisemitismo en la sociedad cristiana. Aunque no puede hablarse de una causa directa, la inmensa tensión soportada por estas sociedades después

de la aparición de la Peste Negra en 1348 influyó en que se desatara la violencia contra quienes eran percibidos étnica y religiosamente como "otros". En esas circunstancias, los primeros ataques en Andalucía fueron seguidos por un contagio muy rápido en el resto de las ciudades hispanas, con un saldo de miles de muertos y un elevado número de conversiones forzosas.

La crisis de 1391

Desde la década de 1380, el canónigo andaluz Ferrán Martínez predicó en Sevilla activamente contra los judíos, con sermones que tenían un elevado contenido racista y religioso, pero sin incluir acusaciones de crímenes nefandos o rituales. Los argumentos versaban más bien sobre la maldad del pueblo judío por su rechazo a reconocer la verdad cristiana anunciada en las Escrituras. Con un ambiente caldeado con estas prédicas, la debilidad del poder real en Castilla —donde el rey Enrique III era todavía un niño— favoreció un estallido antijudío en Sevilla el 6 de junio de 1391, que se extendió hacia el resto de Andalucía en los días siguientes. El movimiento llegó a Toledo el 18 de junio y a partir de La Mancha avanzó hacia las ciudades del norte de Castilla como Burgos y Logroño, ya en el mes de agosto.

Los ataques contra las juderías en la Corona de Aragón comenzaron en Valencia el 9 de julio, cuando se conocieron los disturbios de las ciudades andaluzas. Los asaltantes saquearon a conciencia las casas de los judíos con un saldo aproximado de doscientos treinta muertos judíos y una docena de cristianos. La multitud que saqueó el barrio judío estaba compuesta por jóvenes y tropas indisciplinadas que esperaban embarcar hacia Sicilia, pero también vecinos, frailes y miembros del patriciado urbano. Casi inmediatamente, los magistrados del consell escribieron a diversos interlocutores y al propio rey para eludir su responsabilidad e incluso relatar milagros para justificar las conversiones forzadas. En Mallorca, a pesar de los esfuerzos de las autoridades, la judería fue asaltada el 2 de agosto con un elevado número de muertos, que no fue mayor por la huida hacia el norte de África de algunas familias. Con los dirigentes locales prevenidos, no fue posible, sin embargo, evitar la destrucción de la jama de Barcelona el 5 de agosto. Los fallecidos oscilaron entre 300 y 400 según las estimaciones oficiales. La calma volvió a la capital a finales de agosto, cuando el consell ordenó que los judíos supervivientes se bautizaran o fueran expulsados de la ciudad. En otras localidades catalanas, como Girona, los judíos se refugiaron en la zona alta fortificada y tras soportar un pequeño asedio, tuvieron que optar por la conversión forzosa. Por el contrario, la presencia del rey en Zaragoza y la cercanía de sus oficiales en otras localidades del reino hicieron que los disturbios fueran mucho más leves en las ciudades y villas aragonesas.

Múltiples causas han sido atribuidas a esta generalizada erupción contra los judíos. Por una parte, es evidente que hubo un masivo efecto de contagio y que la difusión de las noticias de motines desde Andalucía propagó la idea de que los judíos debían convertirse o morir. El objetivo era —además del robo y el despojo de las aljamas— imponer el bautizo de los judíos y se inscribe en un ambiente de antisemitismo con un obvio componente religioso. Este factor era tan importante que la conversión permitía salir más o menos indemnes a los judíos que optaban por ella. La debilidad de las autoridades tanto municipales como estatales, incapaces de frenar los ataques o castigarlos con contundencia, influyó también. Por último, es muy probable que el poble menut o la gente popular e perdida que protagonizaron en estas matanzas contasen con la complicidad o la pasividad de eclesiásticos, religiosos y patricios de las ciudades y villas.



Imagen que muestra el diálogo alegórico entre el converso Pedro Alfonso y el judío Moisés. Pedro Alfonso fue un rabino y astrónomo nacido en Huesca en el siglo XI que se convirtió al cristianismo en 1106. Para justificar su cambio de fe escribió *Dialogus contra Iudeos* (*Diálogos contra los judíos*). A diferencia de otras obras de la época, Pedro Alfonso pudo utilizar su profundo conocimiento del Talmud para combatir el judaísmo con sus propios textos. *Disputatio Petri Alphasi contra Moysem Iudeum pro defensione catholice fidei* (XIII), Grand Séminaire de Bruges



La Virgen muestra a un judío a sus correligionarios penando en el infierno. Alfonso X, *Cantigas de Santa María*, Códice Rico, Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, t. I, f. 125v

Las consecuencias

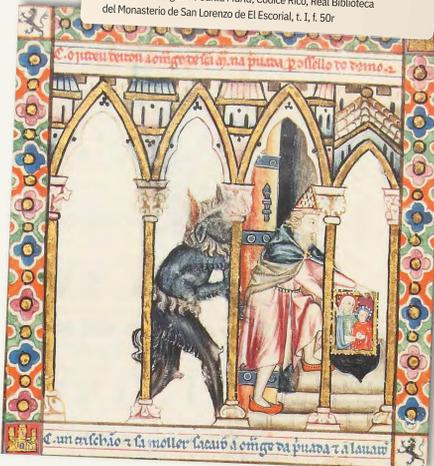
Donde hay cifras más o menos fiables, las indicaciones ascienden a centenares de muertos en las grandes ciudades, lo que eleva el total seguramente a varios millones en el conjunto de ambas Coronas. Si tenemos en cuenta el nivel demográfico medieval, este balance es terrible. Pero, además, fue acompañado de la atrocidad de la conversión para salvar la vida, con multitud de personas aterrorizadas que fueron empujadas a las iglesias para ser bautizadas. Comunidades judías enteras hasta entonces pujantes, desaparecieron por completo. En Valencia se prohibió a los judíos vivir en la capital, mientras que en Barcelona los supervivientes emigraron hacia otros lugares y el call desapareció también. Las comunidades hebreas tuvieron que padecer todavía una fuerte presión en aras a la conversión a principios del siglo XV, de manera que esta minoría quedó muy mermada antes de la expulsión que tuvo lugar en 1492.

Libelo de sangre

Se tratan de relatos inventados en los que se acusa a los judíos de cometer asesinatos rituales, frecuentemente de niños, en lo que reproducen por lo general el juicio y crucifixión de Jesús, y utilizan la sangre de la víctima para fines mágicos. Este tipo de acusación comenzó en la Baja Edad Media en el siglo XII, con el caso del niño Guillermo de Norwich, se extendió por toda Europa y perduró hasta finales del siglo XIX. Estas fábulas sirvieron de pretexto para matanzas y medidas restrictivas contra los judíos y alimentaron prejuicios antijudíos. Tras el Holocausto, la Iglesia católica abrogó el proceso de beatificación de Simón de Trento y sacó del misal romano a santos como el zaragozano Dominguito del Val.

Letras que han de cantar los infantes de Coro de la Iglesia Metropolitana de la Seo, y Templo del Salvador de Zaragoza, en la fiesta que celebran a un Sagrado Patron, y Martir, Santo Dominguito del Val, Infante que fue de dicha Santa Iglesia, día 31 de Agosto deste año 1688, Biblioteca Nacional de España

Imagen de un judío robando un icono por inspiración del Diablo. Esta voluntad sacrilega es una constante de los discursos contra los judíos. Alfonso X, *Cantigas de Santa María*, Códice Rico, Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, t. I, f. 50r



El odio cristiano a los judíos en la Edad Media llegaba incluso hasta su animalización como podemos ver en este panfleto que cuestionaba la honradez de los judíos. *Der Juden Erbarkeit* 1571, Bayerische Staatsbibliothek



La leyenda del asesinato ritual de Simón de Trento (1475), según las *Nürnbergcr Weichronik* de Hartmann Schedel (Alemania, 1493)



Judío acuchillando una ostia en el retablo de la Virgen elaborado por Jaume Serra para el Monasterio de Sigüenza, 1367-1381, Museo Nacional de Arte de Cataluña